

De buena fe

JUAN ANTONIO GÓMEZ

A los dieciocho años recién cumplidos Miguel también abandonó el campo. Un primo hermano suyo que había regresado al pueblo de paseo, después de cuatro años de ausencia, lo convenció hablándole de lo fácil que ahora resultaba conseguir trabajo en la ciudad de Panamá, debido a la política desarrollista impulsada por el general Noriega, quien estaba permitiendo la entrada de grandes inversionistas colombianos al país, para que contribuyeran a incrementar la llamada industria sin chimeneas. Miguel no se había enterado, pero era que en ese monte nunca se daban cuenta de nada y sí, Luis Eduardo tenía razón. Él también debía salir de ese pueblo caluroso, lleno de gente bochinchosa, en donde no tendría otro futuro que ser un mozo de finca o peón en la lechería de los Anguizola. Así que habló con sus padres, les dijo que por ellos, por sus hermanos menores y por él mismo se iría a la capital para conseguir un trabajo que les permitiera prosperar y salir de la pobreza en la que vivían; que su primo estaba dispuesto a recibirlo en su casa y ayudarlo a salir adelante. Contrario a lo que él esperaba, su padre no se opuso ni trató de hacerlo cambiar de idea. Esbozó una sonrisa triste y le deseó suerte e incluso cuando lo

despidieron, poco antes de que él atravesara el camino real, para subir al busito de Toto, le metió diez dólares en el bolsillo de la camisa. Su madre tampoco dijo nada en el momento de la despedida, seguramente por el nudo que le cerraba la garganta. Con los ojos arrasados de lágrimas se limitó a darle la bendición.

Miguel llegó a la ciudad de Panamá dispuesto a hacer realidad su sueño. Su primo Luis Eduardo lo estaba esperando en la terminal de transporte; allí mismo subieron a un bus, de los llamados Diablos rojos, muy ruidoso, y una hora después, luego de atravesar gran parte de la ciudad, llegaron a una barriada popular llamada Torrijos Carter. Supuso que ese nombre era en honor del Tratado que años atrás habían firmado el general Torrijos y el presidente Jimmy Carter, por medio del cual Panamá, progresivamente, recuperaría su plena soberanía sobre la Zona del Canal.

Su primo, quien laboraba desde hacía varios años en la Primera Agencia de Seguridad (P.A.S.S.A.), le dio la buena noticia de que ya había hablado con el Jefe y éste había aceptado darle empleo. Semanas después, cuando conversara con algunos compañeros se ente-

raría de que en estas Agencias de Seguridad siempre sobaban las vacantes, por los sueldos de hambre que pagaban y por los horarios esclavistas que imponían, aparte, claro está, del riesgo constante de perder la vida a manos de cualquier delincuente.

El lunes temprano (había llegado el domingo) Miguel fue con su primo a las oficinas de la Agencia, ubicadas en la Vía España. Le tomaron sus datos, lo hicieron firmar varias hojas -el Contrato de trabajo- que no pudo terminar de leer, porque había una parte que tenía las letras muy pequeñas, le dieron un curso intensivo -de dos horas- de manejo de armas de fuego y finalmente le dijeron que se presentara al día siguiente, a las seis de la tarde, en la planta baja del edificio Suites Monte Carlo, en Vía Véneto, cerca del Hotel Panamá, para que relevara a un compañero. Los turnos serían de doce horas diarias y no sería improbable que algunas veces haría turno doble, por la inasistencia de alguien. El salario base sería de ciento cincuenta dólares al mes, más las horas extras que lograra acumular. Tendría derecho a un día libre a la semana, no necesariamente domingo, pero también podría trabajarlo, si así lo deseaba.

Miguel ya había trabajado tres días en el mismo turno. A los siete días los rotaban a otro horario, pero siempre de doce horas. Era viernes y quincena. Ése sería su primer fin de semana. Su primo le había advertido que éstos eran turnos más movidos, sobre todo cuando coincidían con los días de pago, por lo cual debería extremar las precauciones, nada de dejar subir a ningún desconocido a los apartamentos, ni aunque dijera que iba a visitar a algún amigo. Allí vivían puros cocotudos y a esa gente no le gustaba que la molestaran. Esto lo hablaron como a las cuatro de la tarde, cuando ambos se preparaban para irse a sus respectivos puestos de trabajo.

A esa misma hora -cuatro y cinco minu-

tos de la tarde- Rosendo Ramírez, Magistrado Presidente de la Corte Suprema de Justicia, salía de su oficina en el área revertida de Balboa (antigua Zona del Canal), subía a su lujoso auto Mercedes Benz, después de darle cincuenta centavos al biencuidao que controlaba la lleca (calle en jergonza), y se dirigía hacia la Avenida de los Mártires, con intenciones de llegar hasta la Vía España, al Pub bar Charlot, a tomarse el aperitivo acostumbrado, antes de ir a Manolos, a cenar.

El magistrado se sentía eufórico. En su maletín tenía un abultado sobre amarillo con veinticinco mil dólares de las donaciones recibidas de los que asistirían a la fiesta de Halloween que se celebraría esa noche en su apartamento. Su alegría era por partida doble ya que Bolañitos, el Director del Servicio Nacional de Investigaciones (S.E.N.I.) le había anunciado que posiblemente el mismísimo General se presentaría de incógnito en la fiesta, que consiguiera los “efebos” más guapos y bragados, sin escatimar costos. Definitivamente que éste era un país de maricones. Cada día conocía o descubría a uno (a) nuevo (a), como decía el travesti la Kikina. De seguir creciendo la fama de sus fiestas, de sus “noches negras”, tendría que conseguirse una suite más grande.

Miguel llegó a su puesto de trabajo a las cinco y cuarenta y cinco de la tarde. Le dijo a su compañero que no había problema, que si quería podía retirarse sin esperar a que fueran las seis.

—Gracias, camarada —dijo el otro agente de seguridad con una amplia sonrisa—. Voy a darme mi arrancada porque, ya tú sabes, hoy es Halloween, noche de brujas.

Miguel no entendió qué era eso de noche de brujas, pero no se atrevió a preguntarle, por temor de parecer ignorante.

A partir de las ocho de la noche varios señores mayores, serios y muy bien vestidos

fueron entrando al condominio. Al primero que llegó Miguel le preguntó hacia dónde se dirigía. El señor le sonrió y muy amablemente le preguntó a su vez:

—¿Rosendo no te ha dado instrucciones? Tenemos una reunión en su apartamento. Y sería de muy mala educación que a todo el que llegue le preguntes hacia dónde se dirige. Límitate a garantizar que no entre ninguna persona estrafalaria. Por la forma de vestir te darás cuenta a quién no debes dejar pasar.

Miguel no preguntó más. Algunos de estos señores eran tan amables que hasta lo saludaban y le decían que iban donde el Magistrado. Ahora también habían empezado a llegar varios jovencitos -no tan bien vestidos con saco y corbata como los señores- pero igualmente algunos le decían que iban donde el Magistrado. Al parecer ese señor -creía haberlo visto una vez- era muy importante y tenía muchos amigos. Bueno, no había que ser mal pensado. Esos podían ser hijos, nietos, sobrinos o secretarios de los señores. Pero era curioso, no había visto pasar a ninguna mujer. Y eso a él ¿qué le importaba? Su trabajo era impedir que entraran personas indebidas, maleantes o vendedores al condominio, no meterse en la vida ajena.

El Magistrado, quien como todos los señores estaba vestido de mujer, en medio del desenfreno de la fiesta descubrió que había desaparecido una de sus valiosas joyas, un medallón con una gruesa cadena de oro de 22 quilates, que había dejado sobre el televisor, en la recámara principal, en donde minutos antes había estado solazándose con su nuevo amiguito, a quien los del clan apodaban Ricura.

Convocados todos en la espaciosa sala, el Magistrado dio la voz de alarma y ordenó que nadie saliera, ya que revisaría a los acompañantes, pues todos eran sospechosos, principalmente los que habían estado en la recáma-

ra principal y miró de manera fija a su amante de turno, quien se turbó y salió precipitadamente del apartamento. El magistrado reaccionó, buscó su pistola y salió en persecución del descubierto ladrón.

En el momento en que ambos -con una leve diferencia de segundos- salieron del edificio, Miguel no se hallaba en el vestíbulo, pues había ido hasta el 24 horas de la esquina a comprar un café.

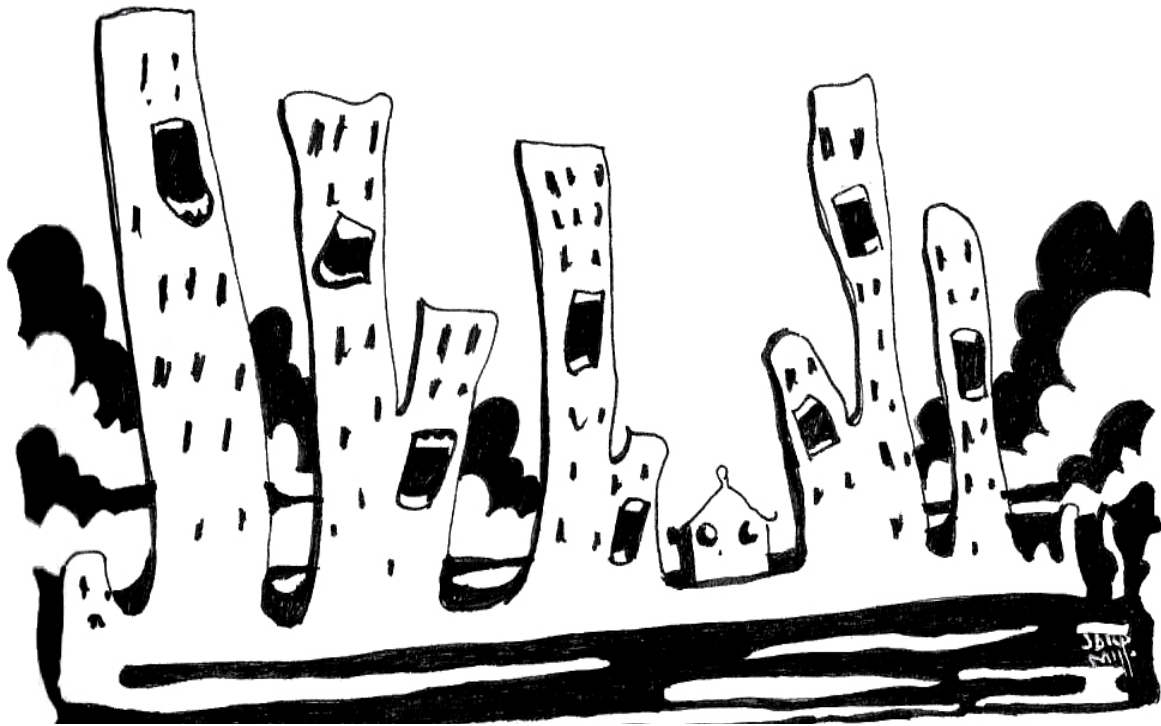
Cuando el magistrado regresó -sumamente molesto y decepcionado porque no sólo había perdido una valiosísima joya, sino y sobre todo a un excelente amante, quien resultó ser un estúpido ratero que no entendió que pudo haber conseguido mucho más de lo que se había robado- fue interceptado por Miguel, quien le preguntó hacia dónde se dirigía en esa facha. El Magistrado se percató de que el muchacho, que debía ser nuevo, no lo había reconocido y le dijo que iba a la suite del Magistrado. "Estas no son horas de visita", le respondió Miguel impidiéndole el paso. El Magistrado lo empujó, sacó su pistola y apuntándole caminó de espaldas hacia la entrada del ascensor. Miguel, tal como había visto en algunas películas, hizo una escaramuza y segundos antes de que aquel tipejo disfrazado de mujer entrara al ascensor lo abatió a tiros.

Su sorpresa fue mayúscula cuando un agente de la policía, en lugar de felicitarlo por su acción heroica, le colocó unas esposas y le ordenó permanecer sentado en el banco de cemento, al tiempo que un señor vestido de civil que se limpiaba la cara con un pañuelo, le decía con tono grave:

—Muchacho: ¿qué has hecho? ¡Has matado al Magistrado Presidente de la Corte Suprema de Justicia!

—Yo no he matado a ningún magistrado. Yo maté a un cueco que iba a entrar a robar.

—¡No vuelvas a decir eso, si deseas salir vivo de esta situación!



Y Bolañitos, el Director del S.E.N.I. reunió rápidamente a los tres agentes de la policía que hacían su ronda por la Vía Véneto y fueron alertados por las detonaciones y prometiéndoles un aumento les ordenó: al primero, que no permitiera la entrada de ningún curioso al vestíbulo del edificio; al segundo, que bloqueara el desplazamiento del ascensor y no dejara bajar a ninguno de los inquilinos por las escaleras; al tercero, que mantuviera bajo arresto al agente de seguridad mientras él y su acompañante (un jovencito de maneras delicadas) ponían más presentable al Magistrado; es decir, lo desmaquillaban y le cambiaban las prendas femeninas -que incluían panty, brasier, liguero, medias de nylon, zapatos de tacón y vestido- por ropas de hombre.

—En este asunto está metido el mismo Jefe y si esto se nos va de las manos, mañana estamos todos botados.

Cuando lo regresaron a su apariencia habitual, el Magistrado volvió a parecerse a ese señor de ceño adusto y austero, cuya imagen

aparecía constantemente en los periódicos y en la televisión. El Director del S.E.N.I. le ordenó entonces a los agentes de la policía que no le permitieran a ningún reportero tomarle fotografías al cadáver, ni mucho menos hablar con el asesino. Además coordinó para que la ambulancia de la policía se llevara a toda prisa el cadáver hacia la morgue del Hospital Santo Tomás, ya que el Jefe y las demás personalidades debían estar nerviosos e impacientes por salir de aquel lugar.

Miguel pensó que sus sueños de prosperar se habían ido al carajo. Aunque él había actuado de buena fe, ahora caía en cuenta: había matado a una persona importante, a un magistrado de la Corte. ¿Qué le esperaba? La cárcel. Por lo menos veinte años en Coiba. Pensó en su madre, en su padre y en sus hermanos, mientras los ojos se le empezaban a llenar de lágrimas.

*El autor es cuentista, novelista y profesor de Español.